



LA PRIMERA NAVAJA DEL PUEBLO

I

Dionisia Pérez, ó Nicha, como la llamaban sus parientes y amigos, fué hija de un maestro de escuela de pueblo, hombre de apenas mediana instrucción; pero de mucha prosopopeya, quien vivió consagrado siempre á la enseñanza de la niñez, que si le dió durante la existencia para mal comer, no pudo darle para el entierro, que fué costeadado por el Municipio.

El difunto maestro, á quien no faltaron bríos para corregir enérgicamente aun á los hijos de los caciques—cualidad que si le atrajo rencillas también granjeóle simpatías—no supo, ó no pudo corregir á su hija, que fué siempre su ídolo. Nicha traía á los discípulos de su padre en chismes y

enredos y más de una vez el anciano preceptor sufrió graves perjuicios por la malhadada lengua de aquella diabólica hermosura, porque Nicha era una guapísima lugareña de gentil cuerpo, ojos de almendra, grandes y rasgados, exuberante y fina callera, que le caía más abajo de la cintura y de monísima boca diminuta, de correctas líneas y suaves labios rojos como la ciruela. Imposible parecía que tras de aquellos labios se moviese la más afilada navaja del pueblo; pero ello era verdad. Nicha, por carácter era terriblemente satírica y mordaz, y varias ocasiones burlóse inconscientemente, y arrastrada sólo por la fuerza del hábito, hasta de su propio padre, á quien amaba mucho.

No sé si la joven luchó contra su perverso natural, pero si tal hizo, la lucha debe de haber sido débil é inconstante, porque desde que la conocí, niña aún, era difamadora con todas las fuerzas de su alma. Cosa rara: cuando Dionisia lanzaba sus mortales saetas contra el prójimo, la voz de la niña era dulce y hasta salamera; sonreía y los ojos despedían rayos de luz.

En el pueblo todos los hombres de pro eran más conocidos con el mote con que los nombraba la joven, que por sus propios nombres. Hasta el señor cura, venerable por su puesto, carácter y virtud, era llamado por los atolondrados é indevotos

—que no eran escasos—con el mote de Rey de bastos, que le puso Dionisia. Sus pocas amigas de la joven cultivaban su amistad sólo por miedo, y aun adulábanla y aplaudían sus sátiras, muchas veces no exentas de gracia.

Dionisia fué acérrima partidaria del matrimonio, y á pesar del capital defecto que le conocían todos, había tenido, si sus cuentas no estaban equivocadas, siete novios, entre forasteros y lugareños. Tal es el triunfador poder de la juventud y la hermosura; pero siempre acababan las relaciones por una indiscreta frase que á la joven, á pesar suyo, se le escapaba.

A uno de sus pretendientes amó sobre todos con tierno y profundo cariño, á Gerardo, el ayudante de la escuela del padre de Dionisia, eximio dibujante, de malas pulgas, taimado como él solo, perseverante en sus empresas y acostumbrado á salirse siempre con la suya. Fascinado con el palmito de Nicha, acometió la formidable empresa de solicitar el amor de la niña, y digo formidable, porque en aquel tiempo tres jóvenes disputábanse el afecto de Nicha, que estaba en la flor de su juventud, y entre ellos el hijo mayor de un rancharo, que prendado verdaderamente de la hija del maestro de escuela, decidió hacerla su esposa. Triunfó el rico agricultor, y Gerardo soportó la humillación y

siguió rondando la casa de Dionisia y corriendo tras de la niña por todas partes.

En cierta ocasión, la novia arremetió en presencia del novio contra los padres de éste, en términos tan terriblemente satíricos, que el hijo del hacendado, que era muy orgulloso, dió á la habladora Nicha unas tremendas calabazas.

Los otros pretendientes, con excepción de Gerardo, habíanse retirado; pero volvieron á la carga, y uno por uno tuvo la dicha de ser novio de la guapa lugareña, y uno por uno también la fué dejando por horror á aquella lengua que aun al lamer sacaba sangre. Y Gerardo, firme, esperando pacientemente á que algún día triunfara su constancia, como triunfó en efecto. Fijóse Dionisia en el dibujante, cuya perseverancia pregonaba la firmeza de su cariño; del agradecimiento pasó á la simpatía y de ésta al amor.

Gerardo era impetuoso y frecuentemente reñía con su novia; pero ésta le aguantó lo que á nadie, porque tenía la coraza del verdadero cariño, contra la cual estrellábanse las olas de pasajeras discordias.

Un día, arreglada ya la boda, comió Gerardo en casa de su prometida, y en un arranque de ternura dijo á su novio:

—¡Cuánto te quiero, mi pavo!

Oír aquella frase el futuro esposo y

truncir el ceño, fué uno. Tomó el sombrero y sin despedirse salió de aquella casa ardiendo en ira y resuelto á no volver jamás á ella.

He sido víctima de esta bellaca, decía derramando bilis. No tolero burlas de nadie, menos de ella.

Nicha descubrió instantáneamente alguna semejanza entre su novio y el pavo, y sin ninguna dañada intención é ignorando que á Gerardo desde niño, le llamaban en la escuela el pavo, le habló con este mote.

II

La hija del maestro de escuela lloró mucho aquel rompimiento de relaciones. Hizose primero la ilusión de que su exnovio, pasado el primer furioso impetu, volvería hacia ella amante y cariñoso, pero cuando pasaron días y más días y Gerardo no volvía, ofendióse profundamente y tuvo la imprudencia de preguntar en la sacristía de la parroquia á una prima del dibujante, cómo se encontraba el joven. En esta ocasión hubo en la calabaceada toda la malicia de la ruin venganza; pero todavía soñaba Dionisia con una reconciliación.

Dos ó tres veces se había encontrado en la calle con Gerardo, y éste, dando resoplidos de ira le había vuelto la espalda

Nicha estaba desesperada; por una parte quería á Gerardo y por otra odiaba el celibato. Los jóvenes del pueblo la miraban ya con indiferencia y aun alguno que otro, con desdeñosa sonrisa. No obstante, esperó algún tiempo que Gerardo se arrepintiese de su locura, como ella decía; pero perdió hasta la última esperanza al saber que Gerardo era novio de su prima, y el día del santo de aquél le mandó una tarjeta postal con un pavo haciendo la rueda. Desde aquella fecha el amor de los exnovios trocóse en odio é hicieronse una guerra cruel é implacable.

El veraz espejo mostró á Dionisia la primera cana, y desde entonces el carácter se le agriaba más y más cada día. El forzado celibato tenía siempre violenta y el aislamiento era tósigo para su mortal histerismo. Gerardo, que meditaba una venganza digna del mejor dibujante del pueblo, un día sonrió satisfecho y púsole en obra.

Poco tiempo después el dibujo estaba concluido: en el centro de una hoja de cartulina aparecía una hiena con la cara de Dionisia; sacaba una lengua que tocaba al suelo, y en ella se leía en claros caracteres: "Esta es mi arma y no la envaino." La fiera tenía entre sus garras á un ranchero lleno de heridas el cual representaba al pueblo. En el fondo estaba Ge-

rardo haciendo la cruz con el pulgar y el índice de la diestra mano, y el título de la caricatura, escrito con gruesas letras, decía: "La primera navaja de mi pueblo."

¡Oh, Dios! el entusiasmo que tal caricatura produjo en el pueblo no es para decirlo. Anduvo de casa en casa, y visitó hasta el curato y la presidencia municipal, y todos celebraron el ingenio de Gerardo y desde entonces aumentaron por montones sus discípulos de dibujo. En aquel general aplauso tomaba gran parte la venganza.

—¿No ha visto usted la caricatura? preguntaban á Dionisia algunas de sus antiguas conocidas.

—¿Cuál caricatura?

—La que hizo Gerardo.

No se necesitó más para que Dionisia comprendiese que se trataba de ella, y hubo malévola que le enseñó aquella obra maestra del antiguo ayudante de escuela.

Dionisia devoró en silencio la ofensa, de la que no pudo vengarse, pues sus males agraváronse paulatinamente hasta ponerla al borde del sepulcro. Y es fama que antes de entrar en agonía, fueron éstas sus últimas palabras: "Dijo bien, sí; dijo bien. Esta es mi arma y no la envaino," y sacó la lengua que nadie pudo después volver á su lugar.



EL FALLO DE SAN ANTONIO

Hay en el templo de San Francisco de la ciudad de Zacatecas una escultura del taumaturgo de Padua, sin mérito artístico, pero muy venerada por los católicos. Am hoy día, los martes entre nueve y diez de la mañana, cruzan las calles céntricas de la ciudad, las pollitas zacatecanas, que van á la misa de diez, que semanariamente se celebra en honor del santo. Y es fama que el milagroso paduano ha hecho matrimonios sin gastar repulgos. El ha vencido muchas veces la apatía de los jóvenes casaderos que desdeñan tanto seductor palmito, pues hecho innegable es que esta noble y leal ciudad es jardín de femeninas hermosuras. Basta dar un paseo los domingos en la tarde por la Alameda, para quedarse alelado con esas caritas de Serafín que fuerzan á creer en el paraíso.